

LAS REUNIONES DEL UNIVERSO

Hoy en día, nadie ignora ni rechaza la idea de una Historia simétrica, por no decir cíclica o circular, si estos términos agradan más al lector. La reunión en las ágoras, la caída de Khartago, el suicida que mira sin ver la cuerda o el arma donde aún no sabe si encontrará fin, los poemas de Withman, los aforismos de Gómez de la Serna y aquellas inconfesables palabras dichas en la intimidad tienen el común destino de verse repetidas, y todos los actos conviven en un lugar de reunión aguardando ser ejecutados; Husserl hablaba de una conciencia común, una reunión de conciencias que esperan que les demos sentido. Como se ve, el argumento no es en absoluto nuevo ni original, y los platónicos apoyarán y apoyan más que nadie esta tesis. Buscando yo ayuda en ellos, diré que todo lo que ha ocurrido y lo que está por ocurrir (que, se entiende, es lo mismo), ocupa un espacio ideal e inatisbable por lo conocido. Pero de esa reunión tenemos representaciones en la Tierra que ni a literatos ni a hombres de ciencia se les ha escapado como se nos escapa a la mayoría.

A lo largo de la obra de Jorge Luis Borges, que ejercía una modesta teología en forma de literatura, encontramos atisbos que el propio autor vio u oyó narrar. El caso más significativo es el del *Akça*, la Reunión máxima del Universo, a la que él llamaba con un sentido demasiado literario “aleph”. Por no traicionarle, utilizaré esta misma palabra. En el *aleph*, que en Oriente se conocía como “Don del Cielo” o “Hijo del Cielo”, convergen todos los puntos del universo en un solo punto, todos los espacios, finitos e infinitos, físicos y temporales, rostros, historias, sentidos y sentimientos humanos¹. La narración de Borges es tan real como increíble; el pobre escritor se vio

¹ [...]ninguno me asombró tanto como el hecho de que todos ocuparan el mismo punto, sin superposición y sin transparencia. Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo transcribiré sucesivo, porque el lenguaje lo es.[...]Cada cosa (la Luna del espejo, digamos) era infinitas cosas...vi el populoso mar, vi el alba y la tarde...vi un laberinto roto (era Londres), vi

desbordado por los hechos, y pensó que si los contaba como una realidad, sería tomado por loco, así que decidió ficcionarlos en un cuento que ha pasado a los anales de la literatura fantástica y universal, y que desde el conocimiento que propongo parece más una burla.

Está claro que hay personas sensibles a estas reuniones del universo, y también que Borges no fue una de ellas (al menos no antes de quedarse ciego). También parece evidente que al hablar de su aleph, está exagerando, no por inconcebible (que sí lo es), sino por la imposibilidad de mantener la cordura después de ver una reunión de este tipo. Mi padre, durante su exilio, tuvo la ocasión de conocer a Carlos Argentino, y en casa aún guardo una copia de las *partes españolas* de su deleznable *Poema Universal*². Es falso, por tanto, lo que cuenta Borges a cerca de la destrucción de la casa y la obra de Argentino, y sólo el amor que no oculta por Beatriz (Estela Canto) y el despecho intelectual por el revelador de su aleph explican que diese ese final al cuento.

Según las definiciones que recibió mi padre, y que a mí me llegaron como sombra de otra sombra, esta Reunión fue únicamente física y descriptiva aunque, como todas las Reuniones Universales, mostraba todos los sucesos a la vez y fuera del tiempo.

interminables ojos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó...vi la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el aleph, desde todos los puntos, vi en el aleph la tierra, y en la tierra otra vez el aleph y en el aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo.[...] Jorge Luis Borges, *El Aleph*, Emecé, Buenos Aires, 1949.

² Debajo de este cielo que un día fue pantano
tanto joviales ranas como molestas moscas
revolotean y estorban, mostrándose hoscas
y nunca se dejan tocar por humana mano.

Que aparezca bajo el escalón de un sótano no debe ser casual, aunque escapa a mi comprensión por qué.

Hay una Akça imperfecto, del que se dice que fue construido en la India por manos humanas, dicen también que la cadena fue comenzada por un Brahmán, y que de ella fue partícipe el mismo Alejandro. Este último dato es poco verosímil aunque posible.

Raúl Ruiz nos habla de dicho lugar de Reunión en *El museo de cera de Dubrovnik*, donde el propio autor acude a un museo que consta de una única figura y es visitable sólo por una persona cada vez ³. La figura es una estatua de cera; el que la ve, contempla atisbados los rasgos faciales de la última persona que la ha contemplado, y siente, conoce y comprende todas las frustraciones y miserias, todas las intimidades y pasiones escondidas de dicha persona, tras lo cual, sin ser totalmente consciente de este acto, uno se “vacía” ante la imagen, que cobra los rasgos propios. A este hecho sigue un estupor que dura semanas. Raúl Ruiz nunca vio esta imagen, y está ocultando la ubicación del museo (él dice Yugoslavia, pero yo sé que se encuentra en una aldea gallega) y a la verdadera víctima que se lo narró, que estuvo al borde de la locura. No revelaré ni el lugar ni la persona, aunque me consta que no es un secreto estricto.

Me pregunto qué ocurriría si a ese Akça se acercan un niño, un bebé limpio de recuerdos o un loco, alguien sin ordenación mental coherente ¿Se derretiría la imagen, o cobraría el observador los recuerdos de todos los que le han antecedido?

No es el único caso de una reunión de estas características. Gershom Scholem describe cómo intentó crear un ser de barro donde hubiese una conjunción de todos los

³ Podemos encontrarlo entre los trabajos literario-lingüísticos de Fernando Valls revisados y ampliados en Austral-Espasa Calpe desde 1993, previamente editados en el número 6 de *Lucanor*, septiembre de 1991, págs. 27-42.

sentimientos. Quizá se trate de la misma historia relatada de formas distintas, barro por cera, aunque quiero dudarlo. Scholem habló de fracaso estrepitoso, yo digo que fue una mera invención o una pobre descripción de la figura que años después Ruiz dijo ver.

Es natural que de las reuniones de que más noticias tengamos sean las creadas por los humanos, o por lo menos las ensayadas por ellos. Las pirámides Babilonias, amerindias y egipcias son buenos ejemplos de reuniones cuyo uso hoy en día desconocemos, pero que por eso guardan, miles de años después, cierto encanto indescriptible; sin embargo, estos intentos, repito, son sombras de sombras: Don Quijote vio uno de ellos, me atrevería a decir que en forma de libro infinito, y ese fue el halo de locura que le acompañó hasta la muerte; o lo que es lo mismo, Cervantes tuvo a mal contemplarlo en su cárcel de Argel, y sólo la propia prisión curó parcialmente su alucinación, que malamente esbozó en la mayor obra de la literatura universal. Mientras los hombres tratan de atrapar Akças en grandes obras (el Tah–Majal, la mezquita de La Meca, la sala de los espejos de Versalles, la Gran Muralla, la Torre de Hércules en A Coruña, el Coliseo... y me detengo aquí porque la lista de Akças fallidos sería interminable), éstos tratan de manifestarse en las cosas más nimias, como el zahír o aquella leyenda india que dice que las manchas del guepardo son la Escritura de Dios o de un Dios, y en ellas está cifrada la Creación. El olvido, y no la locura, sería el castigo por contemplar este Akça⁴.

Siguiendo esta leyenda, Alejandro llevó a sus ejércitos hasta la India, en la busca de aquel que le pudiera descifrar la escritura en la piel del guepardo. Cuando se vio frente al Océano Índico, creyó que no había manera de acceder al secreto, y mandó,

⁴ *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, introducción y versión de Antonio Mediz Bolio, San José, Costa Rica, 1930, págs 119–124. Los Chilam Balam son cantos sagrados de las sociedades centroamericanas, recogidos en parte por el Padre Fray Bernardino de las Casas.

quizá loco, exterminar todos estos animales. Ante el absurdo de ver cómo sus soldados tendrían que desatender las fronteras para dedicarse a esta inmensa cacería, los generales de Alejandro perpetraron su asesinato, envolviéndolo en una epidemia. La literatura nos ha falseado este bello relato, arguyendo una historia según la cual Alejandro habría avanzado hacia oriente persiguiendo un arco iris que nacía en las mismas aguas del Ganges.

Volviendo a los Akças hechos por hombres, redundaré en la idea (que los estudiosos del tema se empeñan en ignorar) de que las grandes obras humanas por lo general no consiguen atrapar estos lugares de reunión. La Gran Muralla es, evidentemente, una construcción defensiva que ha devenido en monumento. Pero en un tramo de la parte más septentrional de la Muralla, a lo largo de una extensión de unos 15 kilómetros cercana al valle del Psê–Tui, los lienzos orientados al este poseen una serie de altorrelieves que no aparecen en ningún otro lugar del mundo⁵. Éstos representan personajes de tres tipos: a) figuras humanoides de rasgos estilizados y ojos rasgados como los orientales, pero sin pupilas. Las proporciones y aspecto de las figuras son de gran belleza, tanto, que se ha llegado a decir que la piedra parece haber sido modelada como barro; visten al estilo de la decadencia de la dinastía Chang, pero todo apunta a que son más antiguas, y su serenidad recuerda a las esculturas etruscas; b) seres fantásticos, que no han podido encasillarse dentro de ninguna mitología conocida, producto del cruce de varias razas de animales entre sí y a veces también de hombres; c) signos a medio camino entre el dibujo y la escritura, pese a no guardar semejanza con ninguna caligrafía oriental o ideográfica, y que podían ser tanto representaciones de la naturaleza como poemas de amor.

⁵ Las citas de este pasaje provienen de: Petr Ezkerlawsky, *Signs from Psê–Tui Valley. A mythological explaining*; Blind Books ULTD, Londres, 1973.

La mención del valle del Psê–Tui no es casual. A escasos kilómetros de la Muralla se elevaba la “Torre Central”, cuyo guardián era Hsiang, que vivió cien años o cien eras, según versiones; las divinidades del Shinto le habían encargado aquella tarea, y le habían conferido poderes mágicos inimaginables. Allí se encontraban “reunidos en una sola biblioteca todos los saberes del mundo, naturales, matemáticos, filosóficos o de cualquier otro orden fantástico.” Hsiang Hijo del Cielo o Guardián del Cielo era el custodio de los miles de volúmenes albergados en una sola habitación, y que no contenían letras ni números corrientes, sino caracteres que descifrados por diferentes claves daban lecturas distintas, un número infinito de lecturas: lo infinito en lo finito, múltiples libros en un libro, todos los libros en un libro.

Se dice de la Torre que la habitaban “criaturas extrañas venidas del Extremo Occidental”. Cuando al Imperio Central (China), llegan los primeros europeos, los ocho Inmortales ordenaron a Hsiang que confinara a los habitantes de la Torre a una prisión pétreo, y que destruyese la propia Torre. Asimismo, le ordenaron que codificara todos los saberes que el hombre no había descubierto en forma de haikus y tankas, para que pasasen a manos de la tradición; al norte del valle del Psê–Tui hay unas ruinas circulares que son interpretadas como los vestigios de la Torre, y las leyendas locales afirman que ciertas noches del año se ve surgir fuego de ellas.

Creo que con las mencionadas queda más que demostrada la veraz existencia de las Reuniones del Universo, y espero que a partir de ahora no se tome este asunto como materia de locos o soñadores, sino como una puerta para la comprensión del nuevo milenio viniente; me complacería que el interés por este tema creciese en forma de estudios pormenorizados y trabajos académicos, y emplazo al lector a que me ponga en

conocimiento de cualquier Reunión de la que encuentre señales, tanto literarias como físicas.

NOTA del 10 de diciembre de 1999.

Desde la aparición de este artículo, he recibido numerosos testimonios de Akças, la mayoría estrepitosamente falsos; pero hay alguno que no puedo dejar de citar:

Fuensanta Serrano –jovencísima filóloga– me emplaza a buscar un poema conocido como *La Araucana*⁶, escrito a mediados del siglo XV por Alonso de Ercilla (aunque ciertas fuentes le citan con otro nombre), un soldado español que fracasó en sus viajes de fortuna a América, y de vuelta a la corte encarnó la figura del soldado–poeta popularizada por Garcilaso. En dicho poema, Ercilla habla de una enorme esfera tornasolada, desde la que “puedes visitar Madrid o Sevilla, Barcelona... desde donde mismo estás...”, además de poder ver lo que ocurría en el lejano oriente, todo a la vez y sin confusión.

Javier López Alós, notable humanista alicantino, después de revisar este artículo y alguno de los que he recibido, me ha hecho notar –con cierto desdén– que hay en mi trabajo una omisión también notable: la esfera de Pascal, una esfera infinita (me repito, por tanto inconcebible) cuyo centro está a la vez en todas las partes de la Tierra y, por ende, del universo, guardando semejanza con la concepción celeste del mundo platónico. Tengo que aclarar, no obstante, que Javier López recela ampliamente (por decirlo de un modo suave) de todo esto –siempre he pensado que es un moderado empirista–, aunque su ateísmo militante no ha interferido en sus estudios sobre la mística de Fray Luis de León⁷; la mística cabría en mi estudio, pero he intentado

⁶ Pese a que no he podido encontrar ninguna edición moderna mínimamente aceptable de dicho poema, el lector curioso puede ver un magnífico estudio de literatura comparada entre dicha composición y *El Aleph* en el libro de crítica literaria de Augusto Monterroso *La Vaca*, Alfaguara, Madrid, 1999.

⁷ López Alós, Javier, *Acercamientos válidos a Dios en la poesía de Fray Luis*, pendiente de publicación.

alejarme lo más posible de cualquier implicación religiosa, por cercana o lejana que fuese.

NOTA de primeros de enero de 2000.

No voy a ocultar aquí mis afanes literarios, desde muy pequeño tuve claro que, dotado o no para ella, la escritura sería una constante en todo aquello que hiciese. Esta sólida creencia se ha tambaleado estos días, y un horror indescriptible me asalta cada vez que tengo que sentarme a escribir. A principios de año, al poco de la publicación revisada de *Las Reuniones del Universo*, volvía yo a casa tras una acalorada discusión con Javier López y Francisco Manzanera, a cerca del origen sobrenatural o divino del arte, discusión que había devenido en la valoración de la estética nazi, copiada de las antiguas comunidades célticas del norte de Europa. Cerca del portal, un hombrecillo bastante mayor y vestido de forma estafalaria me abordó, preguntándome si conocía a Óscar Mora.

– Soy yo mismo ¿Nos conocemos?

– Todavía no, pero puede que sí en un futuro.– tenía un acento muy agradable y muy suave, que no pude identificar pero que inspiraba cierta desconfianza.

– No le entiendo.

– Mi nombre es Youssef ibn–Hafir il–Adrakîr. Tengo algo, querido amigo, que creo que le podrá interesar.– de entre los pliegues de su túnica sacó un voluminoso libro de aspecto poco interesante.

Me dijo que era una Biblia hebrea –yo, evidentemente, tuve que creerle–. Según él, el idioma hebreo es la máxima representación del tipo Reuniones citadas en mi trabajo, “que he leído con sumo placer”, y que obraba en su poder una clave por la cual cualquier palabra articulada sobre la Biblia, por sí misma habla de su naturaleza pasada

y futura. Abrumado aún por los ecos de la discusión que acababa de mantener, le emplacé a que volviese otro día, pero se negó, obligándome a que viese una demostración. Me pidió una palabra, y yo dije sin pensar “nazismo”. Rápidamente ojeó el libro y pronunció varias palabras que no entendí. Señaló una columna diagonal de letras, separadas de dos en dos por más letras. “Nazismo”, dijo, “aquí habla de la diáspora judía y de la segunda mayor masacre de la Historia (la primera, supongo, está por venir), además, enlaza con *Benifull* en el presente y con *Austria* en el futuro”. Recordé que Benifull era uno de esos pueblos fantasma valencianos comprados por neonazis alemanes, y que la ultraderecha austriaca estaba a punto de entrar en el gobierno de aquel país. Juzgué que aquel era uno de tantos charlatanes, e hice ademán de irme.

Cogiéndome con firmeza del brazo, me detuvo, y clavó sus ojos en los míos: “Podemos buscar su nombre, Óscar Miguel Mora, sería sólo un momento.”

Pecando de exceso de curiosidad, me quedé para ver qué se inventaría el hombre. Tardó un poco en *encontrarme*, pero finalmente lo consiguió. “Aquí habla de un hombre que escribe sin saber para qué o para quién”, imaginé que ahora me adularía para venderme su invento, y volví a hacer el ademán de marcharme, “veo también una maleta llena de estrellas de mar”. Me paré en seco. Aquel era y es exactamente el título de la historia que llevaba más de dos años escribiendo, de la que nadie, ni siquiera Lucía, sabía nada. “Todo eso en el presente; en el pasado veo suaves dunas de arena y pinares enormes” –pensé en Guardamar, el lugar de mi infancia, lo vi con total claridad en recuerdos que ya había perdido mientras el hombre me hablaba.

Pido aquí al lector suficientemente cuerdo que interrumpa la lectura y olvide la última parte de este artículo. Yo, sin embargo, no puedo dejar de escribirlo porque nadie

puede remar en contra de su destino, y por lo menos este apéndice descargará mi conciencia.

“Ahora puedo mirar el futuro, su futuro”, dijo muy suavemente. No fui capaz de articular palabra alguna. Se inclinó en silencio sobre el volumen y comenzó a buscar, “iremos poco a poco, buscaré primero el nombre de ese trabajo suyo sobre los Akças”. Lo encontró en seguida, pero se quedó mirando la página con la vista perdida. “¿Qué ocurre? –le dije– ¿qué pone?”, “Aquí veo muerte”, me respondió, “sólo una, pero no veo de quién”, “no lo entiendo, en mi artículo no se habla de la muerte”. Pausadamente, con su voz tan suave y como si le estuviese hablando a un niño, leyó: “Un hombre mata a otro hombre, un hombre saldrá a encontrar la muerte con el canto del ave”. Se detuvo y me miró por encima del libro. “No está muy claro si será el autor al lector, o el lector al autor, pero puedo mirárselo, si quiere”.

Los días que han seguido a mi encuentro con Youssef han sido infernales. He vivido como en un sueño, llegando a dudar que aquella conversación hubiese tenido lugar; he visto las caras de la gente como amenazas, y he visto también víctimas entre ellas. Al poco tiempo me he calmado, pero una amenaza vaga sigue habitando el fondo de mi estómago. El horror se ha vuelto a apoderar de mí esta mañana, cuando llegó en el correo un sobre grande con remite de Youssef ibn–Hafir il–Adrakîr. Le he contado la historia a Javier López, y me ha dicho que no le haga caso, aunque se ha negado a leer el apéndice del artículo “porque sería ridículo”. Me ha recordado, asimismo, que *Adrakhj* (pronunciado “adraki” o “araki”) es uno de los nombres secretos de Dios entre ciertas sectas heterodoxas hebreas. No puedo vivir en el horror sucesivo de creerme un asesino, ni en la amenaza múltiple de encontrar mi fin en cualquiera de los que me rodean.

Hace días que no salgo de casa, aunque eso no me hace sentirme a salvo; no como ni duermo, no abro la puerta a nadie, sólo me siento en el fondo del pasillo a observar ese sobre que aún no sé si tendré el valor o la cobardía de abrir.

* * * *fin* * * *

*[Para esa mujer que tantas veces me quita el sueño,
y tan pocas me lo devuelve]*